

conducirle al Calvario, y las primeras iluminaciones de su divina enseñanza!

¡Oh José! ¡feliz discípulo, dichoso amigo y dichoso padre! Vos sabeis las suavidades que están ocultas en la contemplación silenciosa de esos misterios adorables! Sabeis cómo la presencia del dulce Jesús en su primera infancia, en su adolescencia, en su juventud y en su virilidad, arroja poderosamente léjos de nosotros toda la pompa y todo el orgullo del siglo! Sabeis que en esa sociedad silenciosa, se cicatrizan y curan las terribles llagas de nuestros pecados; y que nuestra alma herida, vuelve á encontrar allí el vigor de la salud. Sabeis que Jesús derrama largamente en su derredor esos perfumes que arrebatan á la Esposa de los sagrados Cánticos; y que en nuestros días, lo mismo que en otro tiempo, *una sola mirada de sus ojos divinos basta para hacer volar el alma* (1) sobre la cual comienza á fijarlos! Introducidnos, pues, por piedad, en la mansión bendita en donde por tanto tiempo fué Jesús vuestro consuelo, vuestra fuerza y vuestra vida, á fin de que podamos

(1) *Averte oculos tuos a me, quia ipse me avolare fecerunt.* (Cant., VI).

decir como vos y con vos: *Hæc requies mea in sæculum sæculi. Hic habitabo quoniam elegeri eam.* (1)

Muchas veces hemos oido decir que la hermosura de un adolescente ó de un hombre, arrebatara los corazones mas egoístas y los sujeta duramente por la gran fuerza del amor. ¿Qué será pues, si pudiésemos contemplar, con los ojos del alma ilustrada por la fé, la hermosura de Jesucristo?

CAPITULO XIII.

De cómo el glorioso Señor San José es Patrón de todos los cristianos.

CUÁN innumerables son los clientes que hemos puesto hasta ahora bajo la protección de nuestro venerable Patriarca! Ya lo hemos dicho, y no tenemos de ninguna manera intención de retractar nuestras palabras: José es Patrón de los esposos, de los padres, de las vírgenes y de los sacerdotes, de los artesanos, de las almas de oración, de las almas humildes, de los moribundos, de los siervos de María y de los amigos de Jesucristo. Cuán con-

(1) *Psalm., CXXXI.*

tinuas solitudes deben dar á nuestro Santo tantos clientes derramados por toda la cristiandad! Sin embargo, tenemos intención de pasar aun mas adelante; y puesto que nuestro pequeño libro comienza á tender hácia su fin, vamos ahora á considerar al glorioso Señor San José como el Patrón de *todos los cristianos, sin excepción.*

No hay duda que este es uno de los mas bellos privilegios del Esposo de María. Unos santos, á lo que parece, han recibido el poder de elegir entre la multitud de fieles, un cierto número de almas á las cuales emprenden mas particularmente vigilar y conducir. Otros tienen una *familia* distinta de la cual son Padres según el espíritu, y por la que trabajan para con Dios, si es que puede aun llamarse *trabajo* las gloriosas ocupaciones que conocen los bienaventurados en la Patria. Mas Señor San José no limita la protección y los auxilios que nos concede, á tal cual profesión, ni á tal ó cual país: pues todos los cristianos sin excepción, están confiados á su custodia; y podemos decir de él, aunque no tan perfectamente, lo que la Escritura nos enseña hablando de Jesucristo: «Del Señor es la tierra y todo lo que encierra: de Él el orden del mundo y todos los que habitan en su recinto:

Domini est terra et plenitudo ejus; orbis terrarum et universi qui habitant in eo.» (1)

Mas como no basta sentar una afirmación sin argumentos ni pruebas, tratemos de *establecer*. por medio de buenas y sólidas razones, esta universalidad del poder de Señor San José.

Sabemos que María ha recibido de Jesucristo un poder universal sobre las gracias conferidas á la Santa Iglesia, de tal suerte, que todas, hasta la última, y para todos los hombres, pasan por sus manos benditas. Es verdad que esta opinión no es uno de los dogmas de nuestra fé: y se puede contradecirla y negarla sin incurrir en *heregia*. Mas hay tantos Doctores piadosos que tienen á gran dicha el proponerla en sus escritos, el probarla y defenderla! Y el Espíritu Santo la enseña tan perfectamente por sus luces interiores á las almas piadosas que se abandonan enteramente á su imperio! ¡Y este universal dominio de María está tan perfectamente acorde con las nuevas coronas que cada día se complace la Iglesia en colocar sobre la frente de la Madre del Señor! En cuanto á nosotros, consideremos aquí esta verdad como establecida, y

(1) Psalm., XXIII.

contentémonos con repetir con un devoto predicador de María: «Ninguna criatura obtiene de Dios ninguna gracia, si ésta no es según la disposición de la piadosa Madre: y por esto, todos los dones, todas las virtudes, y todas las gracias, son dispensadas por sus manos, á quien Ella quiere, cuando quiere y como quiere.» (1)

Ahora bien: ¿cuál es pues, la ley que rige el matrimonio, aun desde los tiempos antiguos en que la unidad del lazo conyugal no estaba todavía tan manifestamente declarada? El mismo Dios es quien nos lo enseña. Dice, después de haber hecho al primer hombre: «No es bueno que el hombre esté solo. Hagámosle una ayuda que le sea semejante: *Faciamus ei adiutorium simile sibi.*» (2) Eva debe ser semejante á su esposo, para ser dignamente su esposa y su ayuda. No debe pertenecer á alguna naturaleza mas sublime, porque entonces encontraría Adán en ella *un superior* y no una compañera: Tampoco debe ser de alguna especie inferior y menos perfecta; porque en este caso ella soría *su sierva* y su es-

(1) San Bernardino de Sena.—En otra parte hemos establecido esta gloriosa prerrogativa de María.

(2) Gen., II.

clava y no su esposa, la fiel depositaria de sus secretos, la mitad de su corazón y de su vida. Es preciso que Eva le sea semejante para formar con él esa pareja conyugal, reunida por los lazos mas íntimos, y cuya inseparable é inviolable intimidad, nuestro Señor mismo debe promulgar un día.

Saquemos ahora la conclusión muy natural de estas dos verdades que acabamos de recordar para la necesidad de nuestra causa. ¿José, no es verdaderamente el virginal Esposo de María? Sin duda ninguna: allí están los santos Doctores para afirmarlo con voz unánime: la casta intimidad de José y de María posee todo lo que se necesita para legitimar el nombre sagrado del *Matrimonio*; es un matrimonio verdadero, en el cual son observadas todas las condiciones del lazo conyugal en medio de la mas perfecta pureza. (1) José no es solamente el servidor, el compañero, ó el protector de María: es todo esto, pero es más todavía; porque debemos darle el nombre de *Esposo*. Vió Dios que *no era bueno* que María, Virgen inocente y tímida *estuviese sola* en la tierra, sin un apoyo, sin una

(1) Ita S. Augustinus, lib. I. de Nuptiis et concupiscentiæ. Cap. II, et fusius lib. V, contra Julianum pelagianum, cap. IX. Ita etiam multi alii.

ayuda que pudiese defenderla contra las calumnias y contra las persecuciones del mundo: y pronunció por segunda vez estas memorables palabras: *Faciamus ei adjutorium simile sibi*: Hagamos á esta universal Dispensadora de las gracias, una ayuda, un Esposo que le sea *semejante*: y José fué el fruto de este consejo.

José debe ser pues, necesariamente *semejante* á María; no solo por las grandes virtudes interiores que adornan su alma, por su castidad, su fé, su caridad y su valor: sino también por las ilustres prerrogativas, análogas á las que el Señor ha concedido á la Reina del universo. La Santísima Virgen ha recibido el magnífico poder de obrar sobre todos los cristianos sin excepción, para alejarlos del pecado, atraerlos al bien y consumarlos en la virtud. Preciso es que José, su Santo Esposo, le sea *semejante*; que participe con María del Sacerdocio de esta misericordia sin límites, y su operación benéfica se extienda sobre cada uno de los fieles en todos tiempos y en todos los lugares.

Mas no es solamente á María á quien José debe *asemejarse*; porque es Padre de Jesús, y sabemos que una común *semejanza* reúne de hábito á los padres y á sus hijos.

Muchos han pretendido que el redentor persona de José debian tener en su vida exterior alguna cosa de parecido á la persona y al semblante de Jesucristo niño señor. Han dicho que habiendo José tenido por misión encubrir bajo el velo de la unión

conyugal una Concepción demasiado pura para ser manifestada á la ignorancia del pueblo judío, este gran santo no habría podido desempeñar completamente estas altas funciones sin tener una *semejanza* que le designase y le hiciese conocer por todos sus ciudadanos, por el Padre del Hijo de María. Ciertamente, esta opinión no tiene nada que no sea muy verosímil y piadoso; y es un suflimo honor para nuestro Patriarca el haber tenido algo de esas facciones augustas y de ese aire suave y majestuoso que debian conducir al Redentor. Sin embargo, no queremos hablar aquí de la *semejanza exterior y material* de José con Jesús, sino mas bien de esa *semejanza interior* que se funda en la correspondencia de las almas, en los dones que han recibido.

Debemos creer que nuestro Señor, como Hijo piadosísimo, debió cumplir para con José todos los deberes sagrados que el amor y la gratitud no podían dejar de dictarle. Jesús

quellos que
nabable fango
San José es
de Jesucris-
algunas veces su
aborre-
dos se te-
a
se o-

ayuda que la recibia de él todo el alimento
 lumnias y necesario para sostener su existen-
 do: y pro darle en cambio una santa abun-
 morables gracia. y de todos los bienes divi-
simile sit mplir, siguiendo un orden *inverso*,
 sadora obra la naturaleza entre los padres y
 que obra la naturaleza entre los padres y
 est-ajos, quiso trasmitirle una gracia interior
 : fuese la semejanza tan perfecta como es
 posible, de su propia gracia y de sus poderes
 sobrenaturales. Puesto que Jesús era verda-
 deramente *de la Familia* de José, quiso con-
 ceder al alma del gran Patriarca como un
aire de familia, que mostrase los lazos sagra-
 dos que unían al Esposo de María con su Hijo.

Jesucristo no se limita á tomar en conside-
 ración las necesidades de cierto número de
 hombres, en tal ó cual época aislada en la
 historia: sino que por el contrario, extiende
 su solicitud á todos los pueblos, á todos los
 tiempos y á todos los lugares. Del mismo mo-
 do Señor San José, como Padre *semejante* á
 su Hijo, en cuanto á la miseria de nuestra na-
 turaleza lo permite, Señor San José tendrá el
 cuidado de la *universalidad* de las Iglesias
 cristianas, con todas las ciudades y todos los
 cristianos que las componen; y si su mirada
 no es tan penetrante como la mirada del Sal-
 vador, por lo menos ninguno de nosotros po-

drá sustraerse á la ternura paternal, aquellos que
 sabrá protogernos. nable fango

Por lo demás, ¿cómo podría ser d. San José es
 nera cuando se trata de Aquel á qui de Jesucris-
 no ha temido llamar su Padre? ¿de Aquil veces su
 como Padre ha conducido y dirigido todos aborre-
 actos del Hijo de Dios? te-

Si siguiendo una comparación de la cual se
 sirven muchas veces las Escrituras, Jesucris-
 to es la *Cabeza* de todo el Cuerpo místico que
 llamamos la Santa Iglesia: y nada puede cum-
 plirse en toda la cristiandad, sin su partici-
 pación y sin su orden; y si algún miembro
 llega á separarse, inmediatamente la muerte
 se apodera de él para no dejarle ya nunca, á
 menos que no vuelva á unirse de nuevo con
 la *Cabeza*, con Jesús.

Si tal es la dependencia tan íntima de toda
 la Iglesia para con Jesucristo, su Cabeza úni-
 ca, ¿cómo pues, Aquel que mandaba á Jesu-
 cristo sobre la tierra, no había de tener el
 poder de mandar á todos los que son *sus*
miembros? ¿Cómo el que dirigía en cumpli-
 miento de las voluntades divinas al que es
 Cabeza de toda la Iglesia, no había de ejer-
 cer sobre el cuerpo uvas fuuciones del todo
 semejantes? ¿Cómo el que alimentaba al mis-
 mo Cristo, no había de tener poder de alimen-

ayuda
lumnias
do: y pro

278

almente, y de enriquecer con sus
simile s^a á todos los cristianos, que no son
sados sino por su unión con Cristo?

No hay duda que la segunda prerrogativa
arece menor que la primera; pues es solo
una derivación secundaria que dimana muy
naturalmente de esas funciones de *Padre del
Señor* concedidas á Señor San José. Jesucris-
to, ¿no vale á los ojos de Dios, infinitamente
más que toda la Iglesia? ¿Es pues una gracia
menos grande el gobernar á todos los fieles,
que el gobernar ó Jesucristo, verdadero Hijo
de Dios? ¿Es un favor menos precioso enrique-
cer por sus beneficios á todos los hombres,
que el conducir á Jesucristo, Redentor y Sal-
vador de todos los hombres? Y pues no vaci-
lamos en dar á Señor San José esta prerro-
gativa, mucho mas grandiosa, que toca á la
Persona adorable de Jesús, ¿cómo podríamos
vacilar aun en concederle también esta gra-
cia menos sublime, que le hace Padre de to-
dos los cristianos, Protector de todos los hom-
bres y Patrón del mundo entero?

Mas por lo menos, se nos preguntará quizá,
no se deben exceptuar los *pecadores*, de esta
benévola paternidad que Señor San José ex-
tiende sobre la Iglesia universal? Señor San
José es una alma sumamente casta y pura:

279

¿cómo podría ayudar también á aquellos que
no temen sumergirse en el abominable fango
de los pecados de lujuria? Señor San José es
un fiel servidor, un grande amigo de Jesucris-
to, por el cual está pronto á dar mil veces su
propia vida: ¿cómo podría dejar de aborre-
cer á esos pecadores criminales que no te-
men hollar con los piés la sangre derramada
en el Calvario, crucificar de nuevo en sus co-
razones al Hijo de Dios? (1) La Escritura nos
enseña que no puede haber alianza entre Je-
sucristo y Belial, entre la luz y las tinieblas:
(2) ¿cómo pues, podría existir alguna relación
de amor y de misericordia entre Señor San
José y los pecadores?

De seguro responderemos, que si esta ob-
jeción parece probar alguna cosa, es sola-
mente á los ojos de los hombres que no po-
seen bastante el *sentido cristiano*. ¿Qué, no
vemos á la Virgen Inmaculada, Aquella, úni-
ca entre todas las criaturas terrenas que
no conocen absolutamente ninguna mancha,
Aquella á quien la Iglesia se complace en
nombrar sin cesar la Santa Virgen, la Santí-
sima Virgen, la Reina de las vírgenes, á Ma-

(1) Rursum crucifigentes sibimetipsis Filium Dei
et ostentui habentes. (Hebr., VI).

(2) Corn., VI.

ría, en una palabra, inclinarse muchas veces con amor hacia á los pecadores mas malos y mas endurecidos en el vicio? ¿No acostumbramos saludarla con este hermoso nombre: *Salud de los enfermos*, y las enfermedades que cura no son sobre todo, las del alma, más peligrosas que las enfermedades de nuestro cuerpo? Y todavía más claramente, ¿no acostumbramos llamarla *Refugio de los pecadores*, porque no hay ninguna alma por enferma que esté, que no encuentre un asilo protector cerca de su pureza perfectísima? ¿Por qué pues, el glorioso Patriarca José no participaría de sus piadosas inclinaciones en favor de los desgraciados á quienes el demonio retiene cautivos bajo su funesta tiranía?

Decíamos poco ha, que José debe haber sido formado por el Señor en una admirable *correspondencia* con María, á fin de que los lazos que los aproximaban el uno al otro, pudiesen formar entre los dos la unión mas íntima. José ha recibido pues, desde su cuna, el don sagrado de un corazón compasivo, que se inclina sin esfuerzo hacia aquellos cuyas desgracias son tan grandes y cuyo porvenir es tan terrible. Estas primeras disposiciones de clemencia se han aumentado mucho más, en la sociedad tan largamente prolongada de

la *Virgen clementísima*; porque José, el fiel imitador de las virtudes de su Esposa, ha aprovechado maravillosamente en su escuela. Es pues muy natural que vigile con un amor mas paternal, á esos desgraciados pecadores, tanto mas dignos de compasión, cuanto que ellos mismos son los artifices de sus desgracias y las causas de sus suplicios. Es muy natural, que á ejemplo de María, les ayude, y los espere con una suma paciencia, para ilustrarlos, y si ellos quieren, para arrancarlos del vicio y salvarlos.

Por lo demás, esto es lo que manifiesta ya de una manera brillante la historia del José del Génesis. ¿Hay un pecado mas criminal que el de los hijos de Jacob, cuando por una baja envidia, no temen encerrar á José su hermano, en una profunda cisterna, y venderlo en seguida por veinte monedas de plata á los mercaderes ismaelitas? ¿cuando no temen herir del mismo golpe la vejez de su padre, causándole con la pérdida de su hijo muy amado, el dolor mas cruel, y añadir todavía á su falta una odiosa mentira, presentando á Jacob la túnica ensangrentada de José, para persuadirle que una bestia feroz ha devorado á este hijo de su ternura? (1)

(1) Gen., XXXVII.

Y no obstante, ¡qué bondad en toda la conducta de este hombre ofendido de una manera tan cruel! ¿No podía aun sin injusticia, rehusar el vender á sus hermanos ese trigo, conservado por su previsión, y que tiene el derecho de reservar para los súbditos de su amo, sin dar nada á los extranjeros? ¿No podía también tomar en su mano la causa de la justicia ultrajada, hacer prender á los culpables, juzgarlos conforme á todas las leyes humanas, y castigarlos haciéndolos esclavos á su vez, según las legislaciones antiguas que prescribían: *Ojo por ojo y diente por diente?*

¿No podía por lo menos, hacerles comprar el perdón por alguna larga penitencia, y conservar durante largo tiempo para con ellos esa grave frialdad que su alta dignidad le hace tan natural y tan fácil, y por lo cual comprenderán mejor todavía toda la enormidad de su pecado?

Mas en lugar de una conducta tan conforme á todas las máximas humanas, ó aun si se quiere, á todos los derechos de la justicia, ¿qué hace José, este hermano lleno de compasión y de bondad? Conténtase con imponer á los culpables algunas pruebas insignificantes, pasadas muy rápidamente, y mezcladas aun con mil señales de ternura. Y bien pron-

to, incapaz de contener más todos los grandes movimientos de su alma tan amante, y no pudiendo ya retener las lágrimas que se escapan en abundancia de sus ojos, hace salir á los asistentes y dice á sus hermanos espantados: *Yo soy José, vuestro hermano á quien habeis vendido para ser conducido á Egipto. No tengais temor, ni mireis como una desgracia el haberme vendido en estos países, porque para vuestra salvación me ha hecho Dios venir antes de vosotros á Egipto. . . . Yo estoy aquí, no por disposición vuestra, sino por la voluntad de Dios, que me ha hecho como padre de Faraón, señor de toda su casa y príncipe de toda la tierra de Egipto.* (1)

¡Cuán tiernamente les consuela, excusando en cuanto puede, la malicia y la gravedad de la falta de sus hermanos! ¡Con cuanto afecto llora, no solamente en el cuello de Benjamín, inocente de todo pecado, sino también con cada uno de sus hermanos, cubriéndolos con sus besos y dándoles así por estas señales de amor, ánimo para atravesarse al fin á pronunciar algunas palabras! (2)

Y José, el Esposo de Maria, la *Madre de mi-*

(1) Gen., XLV.

(2) Cumque amplexatus recidisset in collum Ben-

sericordia, (1) el Padre de Jesucristo que nos ha dado la ley de amor, José, ¿no tendría para con los pecadores y los malos una ternura semejante? ¿No los acogería con palabras igualmente compasivas y con un amor tan generoso y tan tierno? ¿No lloraría, por decirlo así, sobre cada uno de esos desgraciados que van á morir sin alimento si no acuden á su socorro? ¡Ah! guardémonos de creerlo así. La historia de los antiguos tiempos no son sino una pálida *figura* de la plena verdad que conviene á los tiempos nuevos. Mejor que el ministro de Faraón, dirá José: *Ponite panes*: (2) «Traed el alimento;» traed el precioso alimento de la gracia, para sostener las fuerzas agotadas de estos desgraciados, extraviados por tanto tiempo en las regiones donde reina el hambre mas cruel, puesto que no se encuentra allí á Jesucristo, que es el pan vivo. Mejor que el ministro de Faraón, dirá José: *Nolite timere; ego pascam vos et fi-*

jamin fratris sui, flevit: illo quoque similiter fiente cuper collum ejus. Osculatusque est Joseph omnes fratres suos, et ploravit super singulos; post quæ ausi sunt loqui ad eum. (Gen., XLV.)

(1) Ant., *Salve Regina.*

(2) Gen., XLIII.

lios vestros: (1) «No temáis; yo sabré alimentaros á vosotros y á vuestros hijos;» porque su misericordiosa bondad no se limitará solo á nosotros: sino que se extenderá como un río de paz y de bendición, sobre nuestros padres, nuestros hermanos, nuestros amigos y nuestros hijos.

Debemos pues, abandonarnos incesantemente, y sin desconfianza, entre las manos de este poderoso Protector, de este Padre compasivo que Dios nos da. Muchas almas caen en la falta de una solicitud exagerada, que las lleva á considerar sin cesar, con inquietud, todos los males que les amenazan, y á buscar con angustia demasada, los medios que la prudencia humana acostumbra sugerir para evitar todos los peligros. No imitemos esta conducta tan contraria á la santa confianza que conviene al verdadero cristiano. Dios nos da, en Señor San José, un Padre lleno de vigilancia para velar en nuestros peligros; lleno de luz para guiarnos, y lleno de fuerza para defendernos: no seamos incrédulos para con la liberalidad divina; tengamos un continuo cuidado de abandonarnos todos los días de nuestra vida, como niños pe-

(1) Gen., L.

queños llenos de paz, en los brazos de Señor San José.

¿Veis á los niños inquietarse sin cesar, con punzantes cuidados, por lo que necesitarán para mañana, para de aquí á un mes, ó un año? Se pregunta á cada instante: «¿Cómo haremos para proporcionarnos el alimento? ¿cómo proporcionarnos el vestido? ¿cómo, para evitar tantos peligros que amenazan nuestra debilidad?» Nada de esto: los niños cuentan con el amor de su padre, y viven tranquilamente, abandonados entre sus brazos. Puesto que Dios nos da en Señor San José, un padre mucho mejor y mas poderoso que todos los padres terrenos, no le hagamos injuria por nuestras inquietudes exageradas; dejémonos guiar por su prudencia: y sin caer en una culpable indolencia, ni descuidar una solicitud razonable y moderada, estemos seguros que él sabrá preservarnos de todo mal y de todo peligro.

Ved al Niño Jesús en medio de las persecuciones de Herodes: duerme con un sueño tranquilo, como si ignorase enteramente que el enemigo del Rey de los judíos ha resuelto dar la muerte á todos los niños que se encuentren en Belén. Mas si Jesús está dormido, Señor San José es despertado por un án-

gel. José es el Jefe de la Santa Familia; y á él es á quien conviene ser informado de los peligros que amenazan á las prendas confiadas á su ternura; á él es á quien pertenece conocer los medios mas á propósito para preservar al divino Niño de todo peligro. Y según los mandatos del Señor, que lo ilustra á este fin, con luz particular y ciertísima, levántase inmediatamente y prepara los objetos del viaje; despierta al Niño y á su Madre, y los hace partir á la media noche, sin que Jesús, lleno de confianza en los cuidados de su Padre tenga necesidad de romper el silencio de su infancia, para preguntar á Señor San José hacia qué país debe ir.

Todas estas cosas se realizarán *espiritualmente* en nosotros si queremos tan solo abandonarnos á la paternal dirección de Señor San José. Somos como niños pequeños, incapaces todavía de conducirnos por nosotros mismos, y poseyendo en *realidad* toda la ignorancia y toda la incapacidad de obrar, que el Hijo de María tenía solamente en apariencia. El demonio que es otro Herodes tan cruel como el perverso príncipe que mandaba dar la muerte á todos los niños de Belén, engañador y mentiroso como el rey criminal que se daba á los Magos por un sincero adorador del

Niño misterioso: el demonio tiende continuas emboscadas á nuestra debilidad, tan incapaz de escapar á sus violencias. Quiere matar cruelmente á cada uno de nosotros antes que haya crecido en la gracia, para llegar á ser el verdadero cristiano, que debe por sus virtudes arrojarlo de su trono. ¿Cómo pues, en medio de la ignorancia de nuestros primeros principios, cómo podemos hacer vanas la astucia y la violencia que nuestro enemigo está siempre pronto á poner en obra para engañarnos, para vencernos, y precipitarnos así en el pecado?

Tengamos solamente confianza en Señor San José, nuestro Protector y nuestro Padre. A él es á quien nuestro Señor manifestará todos los peligros que nos rodean. Y si nos abandonamos como el Niño Jesús, á su dirección, Dios no dejará de revelarle los medios de escapar á las emboscadas del enemigo de nuestras almas. Nos tomará paternalmente entre sus brazos, tal vez aun sin despertarnos del sueño en que reposa nuestra ignorancia: proveerá todos los auxilios de nuestra fuga; nos llevará á una tierra de refugio, sin que el demonio pueda encontrar las huellas de nuestros pasos para perseguirnos. Nos alimentará, nos vestirá, y nos ayudará en cuan-

to lo reclame nuestra debilidad; y cuando hayan pasado los días malos, cuando *los que procuran matar nuestra alma estén muertos*, nos volverá á nuestra antigua patria, para continuar protegiéndonos, amándonos y sirviéndonos.

Digamos pues, con la Iglesia: *R. Si consistant adversum me castra, non timebit cor meum: * Si exurgat adversum me praelium, in hoc ego sperabo. V. In te cantatio mea semper, quoniam tu adjuntor fortis. Si exurgat adversum me praelium, in hoc ego sperabo. Gloria Patri, et Filio, et Spiritu Sancto. (1)*

¡Oh José! «Si yo veo establecerse contra mí los ejércitos del enemigo, mi corazón no conocerá el temor: si veo prepararse la batalla, estaré lleno de esperanza. No cesaré de cantar vuestras alabanzas, porque vos sois un Protector poderoso. Si veo prepararse la batalla estaré lleno de esperanza. Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Sanso, como ha sido en el principio, sea ahora y siempre y por los todos los siglos y de los siglos. Así sea.»

(1) R. In festo Patrocín. S. Joseph; Dom. III post. Pasch.